

¿CÓMO NARRAR LA REVOLUCIÓN ANARQUISTA?

Sesión 7: Colectividades y socializaciones durante la revolución en España (1936). Genealogía: revolución y guerra civil

Seminario doctorado 2016-1: Bases materiales para la superación del capitalismo

Temas:

¿Cómo entender la revolución?, ¿es posible?, ¿qué condiciones la posibilitan o la impiden?, ¿cuál es su relación y su lugar en los procesos de emancipación y de transformación social?

Cuando los sucesos no son tolerados por las narrativas dominantes existen dos grandes tendencias, la del olvido o la de la descalificación que falsifica. La revolución anarquista española es presa de estas políticas de borramiento. Su lectura suele ser subsumida al papel de los gobiernos republicanos y sus incapacidades políticas para frenar el avance del fascismo europeo. En el fondo subyace un desprecio a las masas autodeterminadas, que construyeron proyectos emancipatorios más allá de las decisiones y estrategias de las élites políticas. El desprecio a las masas lo comparten las derechas reaccionarias y las izquierdas partidarias, para las que todos procesos de autogestión son inapropiados, en la medida que no responde al verticalismo de la política moderna. Ante tal ofensa, las izquierdas y las derechas deciden obliterar la existencia de uno de los intersticios emancipatorios más importantes del mundo moderno.

Cuando se narra la revolución libertaria española, la organización de las masas autodeterminadas se reduce a una suerte de espontaneismo *ex nihilo*, que por su condición de estallamiento radical estaba condenada al fracaso. Lo que estas lecturas inmediatistas niegan es el complejo trabajo que hay detrás de la organización espontánea, que más que surgir de la nada expresa una confianza y una toma de decisiones en coyunturas adversas. Antes de los logros colectivos y autogestivos de 1936 realizados por los obreros y campesinos agrupados en la CGT, es necesario reconocer el trabajo de formación político-ideológica que se llevó a cabo en la región desde inicios del siglo XX. Lo que se consolidó durante estos lustros fue la labor por la emancipación, demostrando que no es un voluntarismo sino un proyecto colectivo. La revolución no surgió de la nada, se preparó durante años, por diversos medios, con distintos actores, no solamente los obreros o los campesinos, también los niños, los ancianos construyeron las bases de un trabajo colectivo.

El anarquismo español nos enseña que la revolución es una actitud y un conjunto de prácticas consecuentes. Lo que se juega es la definición de una vida cualitativa, aquella determinada por las necesidades y capacidades individuales y colectivas. Por eso no hay que confundir el llamado "puritanismo" de los anarquistas con la congruencia ética, no es un asunto de fanatismos pseudoreligiosos, ni de lógicas sacrificiales, es una actitud congruente, que reconoce en ciertas prácticas, como beber, lógicas de dominación y control. Es desde esta actitud que hay que

entender la coerción moral que imperó en las regiones donde los anarquistas lograban promover la autodeterminación. La justicia debe ser congruente con la actitud moral ante la vida.

Las dimensiones cotidianas que lograron soldar la autodeterminación son: la confianza, la solidaridad y la afinidad. No sólo fueron imperativos, fueron ejercicios concretos, más que mandatos fueron realizaciones culturales. Al tiempo que se pensaba la utopía se le vivía, se le habitaba. La utopía no era un porvenir, era una aquí y ahora radical, que fue posible por un trabajo sobre las formas de percibir el mundo, una batalla dual: por la materialidad y las significaciones que le acompañaban. La lucha por la emancipación no fue por el control del poder, fue por definir cualitativamente la vida. Esto no eliminó de tajo las contradicciones materiales y simbólicas, pero prefiguró un horizonte en el que se les podían superar.

Desde esto podemos entender cómo la revolución anarquista superó la falsa dicotomía: con el estado o contra el estado. El proceso de colectivización es una muestra de apropiación de las realizaciones materiales de los estados modernos. No es abandonar una materialidad que no le pertenece a unos pocos, los burgueses o al estado; lo que ejercitaron fue una política de expropiación, de recuperación de una riqueza material que le pertenece, sobre todo, a los explotados y desprotegidos. Su relación con las realizaciones del estado moderno es la refuncionalización que innova, a diferencia de los movimientos de protesta del siglo XIX, aquellos que destruían las fuerzas productivas opresoras, los anarquistas españoles las pusieron a trabajar a favor de las vidas emancipadas.

Es este escenario el que permite entender la refuncionalización como principio de emancipación, como condición de la creatividad, de la superación momentánea de la enajenación que impone la máquina a los trabajadores. Esto manifestaba dos actitudes complementarias: redirigir el conocimiento del funcionamiento de la maquinaria capitalista hacia una política de emancipación y promover una complementariedad de las operaciones, en las que son tan importante el saber especializado y las acciones “minúsculas”.

La revolución libertaria no hubiera sido posible sin no se expropiaban las máquinas, sus conocimientos y sus materializaciones. No es sólo un culto por la industrialización (mitografía de la época, que compartían todos los posicionamientos políticos), es el principio de una manera distinta de relacionarse con las promesas de la técnica, para superar la subordinación a ella que impuso el capitalismo y prefigurar una relación más lúdica, más complementaria entre las fuerzas humanas y las capacidades productivas: no vivir para las máquinas, sino hacer que las máquinas funcionen para la vida, la humana y la no-humana.

La revolución, desde esta perspectiva, no es la toma del palacio de invierno, es la lucha por transformar las consciencias y las prácticas cotidianas. La revolución es una forma de vida, no un acontecimiento extraordinario. Desde esta vitalidad cotidiana es que se tendría que reconstruir su historia, no desde la relación con el poder o el estado. Narrar la revolución tendría que devolverle su condición de suceso histórico encarnado, soportado por miles de personas que retomaron la reproducción de sus vidas en sus manos.